

Memorias de un Hijo del Flamenco: La Historia de Ramón Giménez Santiago

Capítulo 1: Las raíces en la Trinitat Nova

Ramón Giménez Santiago nació en 1969, en el corazón de Barcelona, en el barrio de Trinitat Nova. Crecer en una familia gitana, inmersa en la tradición del flamenco, marcó los primeros compases de su vida. Los sonidos profundos de las guitarras, el eco del cajón y el arte del cante jondo resonaban por las calles y las casas del barrio, impregnando el alma del joven Ramón. Sin embargo, no todo fue fácil. La vida gitana, con su belleza y sus dificultades, le mostró desde temprana edad las barreras entre culturas, los desafíos de la integración, y la lucha por mantener la identidad en un mundo que muchas veces no entendía ni aceptaba su herencia.

En medio de esa encrucijada cultural, Ramón encontró en la música un refugio, un lenguaje que lo conectaba tanto con su familia como con el mundo exterior. Pero la tradición no lo era todo. A los quince años, su vida dio un giro inesperado: el joven flamenco se enamoró del breakdance. Mientras sus amigos practicaban bulerías, Ramón se dejaba llevar por los beats y los movimientos robóticos del hip hop, algo que su abuelo observaba con una mezcla de diversión y confusión. Para él, aquello parecía una amenaza a su identidad, pero Ramón estaba convencido de que esas dos almas, la flamenca y la urbana, podían convivir en armonía.

Capítulo 2: La Rebelión del Arte

A medida que pasaban los años, Ramón no solo se sumergía más profundamente en la música, sino que se rebelaba contra los moldes tradicionales. A finales de los 90, junto a un grupo de amigos músicos, se gestó lo que más tarde se convertiría en una revolución artística: *Ojos de Brujo*. El grupo no solo fusionaba flamenco con hip hop, sino que rompía las barreras entre géneros y culturas, creando un sonido que era al mismo tiempo terrenal y espiritual, urbano y ancestral.

La génesis de *Ojos de Brujo* no fue casual. Fue fruto de largas noches en Barcelona, en las que Ramón y sus compañeros se reunían para tocar, experimentar y buscar un lenguaje común. Flamenco, funk, reggae, hip hop, incluso ritmos indios se entrelazaban para formar un sonido que resonaría en todo el mundo. Pero no fue fácil. La industria discográfica tradicional no estaba preparada para esta fusión y el grupo decidió tomar el camino menos transitado: la autogestión. Se convirtieron en su propio sello, en sus propios productores, y con ello, lograron algo que pocos habían conseguido hasta entonces: la libertad artística.

Con el éxito de discos como *Barí* y *Techari*, Ramón y *Ojos de Brujo* recorrieron el mundo, tocando en los festivales más importantes de Europa, América y Asia. Las letras de las canciones, muchas veces escritas por Marina Abad, hablaban de las injusticias sociales, de las desigualdades, de la necesidad de resistir a través de la música y la danza. Para Ramón, cada acorde, cada mezcla de flamenco y hip hop, era un manifiesto político, una declaración de que la música podía ser un vehículo para el cambio social.

Capítulo 3: Lenacay y la Evolución de la Fusión

Después de años de éxito internacional con *Ojos de Brujo*, la historia del grupo llegó a su fin. Pero para Ramón, el viaje musical apenas comenzaba. En 2011, junto a algunos de sus compañeros de aventura, fundó *Lenacay*, un nuevo proyecto que seguía explorando la fusión, pero con una vuelta de tuerca más moderna, introduciendo elementos electrónicos y sonidos industriales.

Con *Lenacay*, Ramón continuó desafiando los límites de la música flamenca, buscando siempre nuevos puentes entre el pasado y el futuro. En este proyecto, no solo se trataba de mezclar estilos, sino de conectar emociones, personas, y culturas. La guitarra seguía siendo su herramienta más poderosa, pero esta vez se acompañaba de beats electrónicos y programaciones, creando un nuevo lenguaje sonoro que mantenía la esencia del flamenco, pero lo empujaba hacia territorios desconocidos.

Capítulo 4: El Descubrimiento del Poder de la Música en "MUR"

Fue en 2016 cuando Ramón descubrió una nueva dimensión de la música que no había explorado antes: su capacidad para conectar emocionalmente con personas de diversas capacidades. Al ser parte del espectáculo *MUR*, una obra que rompía barreras entre personas con y sin diversidad funcional, Ramón compuso la música original y se dio cuenta de algo profundo: la música no solo tiene el poder de entretener, sino también de sanar, unir y generar empatía.

“*MUR*” no fue solo una experiencia creativa, sino un proyecto que le mostró a Ramón otros poderes ocultos en la música, sobre todo en lo que respecta a la inclusión y el entendimiento. Esta obra le dejó una marca profunda, y lo llevó a replantearse cómo podría usar la música no solo para inspirar, sino también para incluir y conectar a personas con diversidad funcional.

Capítulo 5: El Legado y el Voluntariado

Después de *MUR*, Ramón decidió que debía hacer algo más con ese conocimiento y sentimiento. Hoy, además de su carrera musical y su trabajo en *Piratas Rumbversions*, Ramón dedica parte de su tiempo a un voluntariado especial en la localidad de Mollet del Vallès, donde imparte clases de percusión a jóvenes con diversidad funcional. Inspirado por las emociones que despertó en él el trabajo en *MUR*, Ramón descubrió que enseñar música a estos chavales no solo era un acto de enseñanza, sino una forma de conexión humana profunda, donde la música se convierte en un lenguaje universal que trasciende las barreras físicas y mentales.

Esta actividad voluntaria ha enriquecido su vida, recordándole que la música, más allá de los escenarios, tiene un poder transformador en la vida de las personas, especialmente en aquellos que a menudo se enfrentan a desafíos extraordinarios.

Capítulo 6: El Futuro en Piratas Rumbversions y Más Allá

Hoy, Ramón sigue explorando nuevos horizontes. Su último proyecto, *Piratas Rumbversions*, un grupo de versiones, combina su amor por la música con una nueva visión artística. Al mismo tiempo, sus estudios universitarios y su experiencia como docente le han abierto nuevos caminos. En el colegio Montserrat Solá, donde da clases

de percusión, Ramón encuentra una nueva forma de compartir su amor por el arte, educando a los más jóvenes y transmitiendo los valores que la música le ha enseñado.

A lo largo de los años, Ramón ha demostrado ser mucho más que un guitarrista o un productor. Es un narrador de historias, un rebelde musical, y un eterno aprendiz. Su vida es una danza constante entre el flamenco y el mundo moderno, entre las raíces gitanas y las culturas globales. Y, a pesar de todos los cambios, una cosa sigue siendo cierta: para Ramón, la música es libertad, y esa libertad es lo que define cada paso que da.